

# César Vallejo, traductor

Mil novecientos treinta, un día de diciembre y en París: César Vallejo acudía con cuatro amigos a la estación del Quai D'Orsay para despedir a un sindicalista peruano que se disponía a emprender viaje de regreso a su lejano país tras haber asistido a un congreso celebrado en Moscú. La conversación, sometida al ritmo alterado de los encargos y las ocurrencias de última hora, discurría animadamente.

Y enfrascado se hallaba el grupo en los trámites propios de cualquier despedida entre amigos que, en el mejor de los casos, tardarán mucho tiempo en volver a juntarse, cuando a uno de sus integrantes le cayó encima del hombro la mano de un hombre que dijo: *Policía*, pidiéndoles a continuación de malos modos que se identificasen.

¿Qué había sucedido?

Pues que el ánimo desvelado del agente albergó la sospecha de que nada bueno podía resultar de aquel cónclave entre gentes con cara de indios y hablar español.

César Vallejo, visiblemente molesto, le pidió las oportunas aclaraciones, esgrimiendo su condición de periodista.

Oportunas, claro está, a su equivocado entender, pero no al de los representantes del orden, irritados ante tamaña insolencia. En fin: de momento, a comisaría, para charlar un rato; y luego, como inesperada consecuencia, tres órdenes de expulsión, respectivamente dictadas contra César Vallejo, Juan Luis Velázquez y Armando Bazán, escritor este último destinado a no pasar después desapercibido en los inquietos ambientes de la joven intelectualidad revolucionaria española de los años republicanos.<sup>1</sup> Para salir del país, tenían de plazo setenta y dos horas. Improrrogables, les advirtieron.

Y así, amablemente empujados, cruzaron los Pirineos, dirigiéndose de inmediato a Madrid, ciudad ya bastante familiar para Vallejo, quien a partir de octubre del veinticinco solía visitarla cada dos meses. ¿El motivo? De lo más prosaico: gracias a las gestiones de su magnífico amigo Pablo Abril de Vivero, diplomático de profesión, la lotería del Estado le tocó en forma de beca, por importe de trescientas treinta pesetas mensuales, so pretexto de unos estudios universitarios que el poeta nunca intentó ni siquiera cursar. Ahora bien, el hecho de renunciar a la ciencia no implicaba, por supuesto, el de hacer lo mismo con el dinero, unas pocas pesetas que a él le resultaban de todo punto indispensables para sobrevivir con infinita modestia. De ahí sus viajes de ida y vuelta cada dos meses. El administrador, obcecado en no pagarle por delegación, tenía la culpa.

<sup>1</sup> Colaboró en la prensa de izquierdas, particularmente en la comunista, fue redactor de Nueva Cultura (Valencia) y, prolongando sus actividades durante la guerra, publicó —por citar un ejemplo— en El Mono Azul. Prologado por I. Ehreburg, en 1935 sacó un ensayo contra Unamuno que no carece de interés a pesar de su dogmatismo (Unamuno y el marxismo. Madrid, Pueyo, 1935).

En esta ocasión, sin embargo, el retorno a París era imposible. En el difícil, por ocupado, panorama literario español de aquellos años quedó Vallejo obligado, al menos de momento, a forjarse un hueco, pues carecía de recursos materiales y, para ganarse la vida, sólo le quedaba el de escribir.

¿Puntos de apoyo? Las amistades de Pablo Abril de Vivero, a la sazón trasladado a España, y Juan Larrea, extendidas a sus respectivos círculos de amigos, en especial a los de Larrea, donde Vallejo forjó entrañables relaciones con Gerardo Diego y José Bergamín. Además, sus camaradas comunistas le pusieron en contacto con Rafael Giménez Siles, director de la célebre Editorial Cénit, una de las empresas más trascendentes de aquella etapa,<sup>2</sup> para la cual —enseguida lo comprobaremos— haría los trabajos que motivan el núcleo de estas notas. Pero con objeto de aclarar su situación, creo conveniente repasar antes, aunque sea con brevedad, el cara y cruz de sus publicaciones en España. Mucha cruz, por supuesto, más de la que a primera vista parece; y poca cara, menos de la que cabría deducir a partir de una escueta lista sin explicar de sus títulos. Vamos por partes.

### Donde una cosa parece...

En *Bolívar*, la excelente revista de Pablo Abril de Vivero (Madrid), Vallejo venía publicando desde el primer número, correspondiente al 1 de febrero de 1930, una serie de reportajes a propósito de su visión y experiencias de la Unión Soviética. Sus crónicas despertaron notable interés, y pues el tema estaba entonces de máxima actualidad en España, como demostraba —entre otros— el éxito alcanzado por Diego Hidalgo con una obra bastante superficial aunque muy oportuna, *Un notario español en Rusia*,<sup>3</sup> una marca nueva pero ya de prestigio, Ediciones Ulises,<sup>4</sup> se dirigió a él para solicitarle un libro con sus impresiones.

*Rusia en 1931*, terminado de imprimir en julio, rebasó con creces las mejores expectativas del autor y los editores. Recomendado por la Asociación del Mejor Libro del Mes, en cuyo comité de selección figuraban escritores tan considerados como Azorín, Ramón Pérez de Ayala o Enrique Díez-Canedo, antes de finales de año se habían agotado tres ediciones casi consecutivas.

Entusiasmado, pero exagerando, César Vallejo hablaba del segundo best-seller de aquellos años, situándolo inmediatamente detrás de *Sin novedad en el frente* de Erich

<sup>2</sup> Fundada en 1928 por Rafael Giménez Siles, apoyado en principio por Juan Andrade y Graco Marsá, enseguida desvinculados de sus actividades, su primer libro, que significó la aparición de Sender, llevaba un prólogo apócrifo de Valle-Inclán, que se prestó encantado a firmarlo porque quería apoyar de manera pública los propósitos renovadores de Cénit. En total, publicó bastante más de doscientos libros, contándose entre ellos las obras fundamentales de los clásicos del marxismo, en ediciones preparadas o supervisadas por Wenceslao Roces, más títulos y autores de fundamental importancia en el panorama de la literatura contemporánea (Piscator, Hermann Hesse, Upton Sinclair, etc.).

<sup>3</sup> Madrid, Cénit, 1929. La segunda edición también es del veintinueve y la tercera del siguiente año; la cuarta salió antes de 1935.

<sup>4</sup> Integran su catálogo, con más de sesenta obras, autores como Jean Cocteau, Blair Niles, Ramón Gómez de la Serna, Blaise Cendrars, Ebreburg, García Lorca, Jules Renard, Víctor Serge, Rosa Chacel, Corpus Barga, Benjamín Jarnés y Francisco Ayala, entre otros.

María Remarque, publicado en 1929 por la Editorial España y cuyas ventas ya rebasaban la en aquellos tiempos increíble frontera de los cien mil ejemplares. Ahora bien, exagerase poco o mucho Vallejo, best-seller cuarto o si se quiere sexto, no cabe duda de que el libro constituyó negocio.

Y ese mismo mes de julio, pisándole los talones una obra a la otra, Plutarco puso en los escaparates de las librerías<sup>5</sup> la primera edición española del asombroso *Trilce*, enriquecida por un prólogo de José Bergamín y un poema de Gerardo Diego, textos ambos clarividentes y en numerosas ocasiones reproducidos luego.

No ya en prestigio, sino incluso materialmente, César Vallejo tenía motivos sobrados para sentirse satisfecho si volvía la vista atrás: Plutarco le abonó mil quinientas pesetas por los derechos de autor, pagándoselas por adelantado; en Perú, a la hora de imprimir la edición original, en 1922, él se vio en la necesidad de costear todos los gastos, lujo que pudo permitirse gracias al dinero obtenido al ganar un concurso de cuentos.<sup>6</sup>

Para redondear las cosas, el poeta tuvo ocasión de añadir una novela a su lista de obras publicadas: *El tungsteno*, impresionante relato sobre la explotación de los indios peruanos reelaborado a partir de varios apuntes inéditos de *Código Civil* y un capítulo, «Sabiduría», dado a conocer desde las páginas de la revista *Amauta*. Incluida por Cénit, la ya citada editorial de Giménez Siles, en una de sus mejores colecciones de narrativa, «La Novela Proletaria», salió al lado de *Un patriota cien por cien* de Upton Sinclair, *Orden Público* de Ramón J. Sender, *El cemento* de Fedor Gladkov y *Sobre el Don apacible* de Mijail Cholókhov, entre otras. La tirada del libro oscilaría entre tres y cinco mil ejemplares, porque tales eran los márgenes de la serie, vendiéndose a cinco pesetas, el precio entonces habitual para las obras de unas doscientas páginas.

Hasta aquí el lado positivo. Hace falta visitar ahora el cuarto oscuro, donde las perspectivas, al acercarse, ennegrecen hasta negar las aparentes evidencias. Porque, como suele acontecer tantas veces, una cosa parece...

## Pero otra es

Lo de *Bolívar*, para empezar por el principio, no pudo ser más inoportuno. ¡Paradojas de la infortunada vida de Vallejo! Llegaba él a Madrid para quedarse, salía el último número de la revista (diciembre-enero 1931), que le daba así la malvenida desapareciendo. Lo cual hacía, eso sí, cargada de firmas ilustres: Unamuno, Pablo Neruda, Rafael Alberti... *Bolívar*, pues, cesaba de publicarse cuando él más necesitaba de su presencia.

Su legado, no obstante, parecía todo menos malo: ahí quedaba la popularidad de sus crónicas, renovada y aun superada con *Rusia en 1931*; millares de volúmenes vendidos. En efecto, la herencia era buena, pero buena, claro, para quien la cobrase, que no fue el caso del autor, *ninguneado* por unos editores abocados a la quiebra a causa

<sup>5</sup> Aunque en la cubierta figure la referencia de la CIAP, el libro fue editado por Plutarco. La CIAP únicamente se encargó de distribuirlo.

<sup>6</sup> El cuento fue «Más allá de la vida y la muerte», publicado en junio por la revista *Varietades* (Perú) desde donde años antes los versos de Vallejo habían sido censurados con extremada dureza.